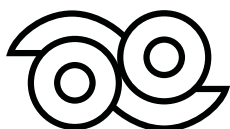


El malestar en la cultura



El malestar en la cultura

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Prólogo de *Jacques André*

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 35.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.

© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1961

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa, Presses Universitaires de France, 2012

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2012

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

www.amorrortueditores.com

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-876-5

ISBN 978-2-13-057977-9, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

El malestar en la cultura. - 1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2015.
160 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-876-5

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.
CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2015.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

Índice general

- 9 Características de esta edición
- 11 Lista de abreviaturas

- 13 Prólogo, *Jacques André*

- 33 El malestar en la cultura
(1930 [1929])

- 35 Introducción, *James Strachey*
- 43 *El malestar en la cultura*

- 141 Bibliografía e índice de autores
- 149 Índice alfabético

Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry¹ y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,² edición a cargo de James B. Stra-

¹ La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpresión de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

² Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.³

³ A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 141.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*
- EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

LISTA DE ABREVIATURAS

- SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
- SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.

Prólogo

Jacques André

Schneewinkl, cerca de Berchtesgaden, 28 de julio de 1929: «Queridísima Lou (. . .) este libro se ocupa de la cultura, del sentimiento de culpa, de la felicidad y de otras cosas elevadas del mismo género, y me parece, seguramente con justa razón, del todo superfluo cuando lo comparo con mis trabajos anteriores, que procedían siempre de alguna necesidad interna. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No es posible fumar y jugar a las cartas todo el día. Ya no puedo hacer largas caminatas, y la mayoría de las cosas que se leen han dejado de interesarme. Escribo y de ese modo el tiempo pasa de manera muy agradable. Mientras me entrego a este trabajo, descubro las verdades más banales».¹

En la «tranquilidad idílica» de ese rincón de Baviera, Freud habría de redactar así la primera versión de *El malestar en la cultura*, entre dos partidas de cartas, como un modo de pasar el tiempo. Hay un contraste total entre ese aspecto de redacción estival, un texto escrito en un mes al correr de la pluma, y los sombríos acentos que dominan la obra. Para la posteridad, *El malestar*. . . ha quedado, a justo título, como el símbolo del pesimismo freudiano.

En contrapunto con el tono acerbo de su crítica de la religión, *El porvenir de una ilusión* (1927) proclamaba aún una esperanza: la de la primacía futura del intelecto, el reino esperado de la razón científica.² Esta vez no hay nada parecido, como si las esperanzas, todavía permitidas dos años atrás, no

¹ Sigmund Freud, carta a Lou Andreas-Salomé.

² Sigmund Freud, *L'avenir d'une illusion*, OCP, 18 {*El porvenir de una ilusión* (1927c), AE, 21, págs. 1-56}.

hubieran resistido a los últimos sucesos del mundo contemporáneo. Aquí, la amenaza aria. Allá, el triunfo de la ilusión socialista, a la espera de los mañanas que cantan. Sobre el comunismo, Freud dirá con ironía que el encuentro con un ardiente militante lo había convertido a medias: ese militante afirmaba que el advenimiento del bolchevismo provocaría algunos años de miseria y caos, pero los seguiría la paz universal. Él le respondió que creía en la mitad del programa.³ La situación de la vieja Europa es mala, y no será de Estados Unidos —donde amenaza otro peligro cultural: «la “miseria psicológica de la masa”» (cf. *infra*, pág. 104)— que pueda esperarse algún consuelo.

Cuadro sombrío, *El malestar en la cultura* tiene el color de su tiempo; el odio, la agresión y el autoaniquilamiento marcan su tónica psicoanalítica. Siniestro presagio, Freud entrega su manuscrito al editor en noviembre de 1929, justo una semana después del «martes negro» de Wall Street (29 de octubre). Las últimas palabras de la primera edición testimoniaban, no obstante, una vaga esperanza en los esfuerzos del «Eros eterno», el gran agrupador. Un año más tarde, en la segunda edición —los 12.000 ejemplares de la primera se vendieron con rapidez e hicieron de Freud un hombre célebre—, la última frase agregada ensombrece la perspectiva: entre los dos adversarios, Eros y la pulsión de muerte, «¿quién puede prever el desenlace?». Entre una y otra versión está septiembre de 1930, la entrada en masa de los nazis al Reichstag. Azar o ironía de la geografía, Berchtesgaden, donde se concibió *El malestar*. . . , nos recuerda ante todo, en nuestros días, al «nido de águila» y a su bárbaro anfitrión.

En el comentario psicoanalítico posfreudiano, *El malestar*. . . ha sido objeto de prolongaciones⁴ —el agravamiento

³ Citado por Ernest Jones, *La vie et l'œuvre de Sigmund Freud*, 3, París: Presses Universitaires de France, 1969, pág. 18 {*Vida y obra de Sigmund Freud*, 3, *La etapa final: 1919-1939*, Buenos Aires: Hormé, 1989}.

⁴ Véanse, sobre todo, Jean-Bertrand Pontalis, «Permanence du malaise»,

del «malestar», hasta tornar irrisoria la palabra, invita a ello— y, con menos frecuencia, de discusiones pormenorizadas. La obra, empero, no carece de recursos desde el mero punto de vista analítico, ya que plantea más preguntas que las que puede responder y abre más caminos que los que es capaz de seguir. Constituye, en particular, un ejemplo de las modificaciones impuestas por el «viraje de 1920» y la introducción de la pulsión de muerte en aspectos esenciales, ya se trate de la angustia, el superyó o, claro está, el dualismo pulsional.

Narcisismo del odio

El malestar en la cultura se inicia con consideraciones sobre el narcisismo, ese embarullador a través del cual la sexualidad se introdujo en el corazón del yo, y cuyo abordaje (en 1914) llevaría ulteriormente a la revisión del dualismo pulsional. Romain Rolland y su «sentimiento oceánico» —en el cual el hombre de letras ve la fuente de la religiosidad— le brindan a Freud la oportunidad de precisar una vez más la idea que se hace del narcisismo de la primera infancia y, sobre todo, con referencia al proyecto general de *El malestar en la cultura*, recordar una concepción del odio y de la agresividad que no deja de tener pertinencia a pesar de ser anterior a 1920. En páginas que les deben más a los trabajos de Federn sobre el yo que lo que puede dar a entenderlo la breve alusión en una nota (*infra*, pág. 46, n. 6), Freud descubre, detrás del «océano» de su amigo francés, la desaparición narcisista de la frontera entre el yo y el objeto, característica tanto del estado amoroso como de la psicosis; una desaparición que tiene su origen

Le Temps de la Réflexion, 4, 1983, págs. 409-23, y *Revue Française de Psychanalyse*, 57, n° 4, 1993, «Malaise dans la civilisation» (en particular, el artículo de André Green, «Culture(s) et civilisation(s), malaise ou maladie?», págs. 1029-56).

último en el lactante, el niño del desvalimiento (*Hilflosigkeit*). *Poor inch of Nature*. . . Este niño, reducido a los berreos «en reclamo de asistencia» para apaciguar sus tensiones internas, ocupa en los textos de la época (especialmente en *Inhibición, síntoma y angustia* y *El porvenir de una ilusión*) un lugar preferencial y, a decir verdad, fundador de las particularidades de la vida psíquica.

¿Cómo comprender el narcisismo ilimitado del niño muy pequeño —«ser-Uno con el Todo», abolir tanto el tiempo («eternidad») como el espacio («sin límites») —? ¿Como un estado casi autístico, indiferenciado?⁵ Freud escribe que el lactante no diferencia aún entre su yo y el mundo exterior (*infra*, pág. 46). ¿O, mejor, como un proceso? Decir que el «sentimiento oceánico» aspira a *reinstaurar* el narcisismo ilimitado (pág. 52) implica describirlo como la repetición de lo que ya era un primer desarrollo, una primera instauración. En este debate clásico sobre la naturaleza del narcisismo primario (¿estado o resultado de un desarrollo?), varias indicaciones en los textos del período invitan a pensarlo —más allá de lo que Freud sostiene en forma explícita— como la respuesta psíquica adecuada al carácter ilimitado del desamparo infantil. La omnipotencia del niño, como la que él supone en los padres, sería la elaboración psíquica rudimentaria de su absoluta impotencia. Así, el padre primordial, cuya arbitrariedad estaba a la altura del narcisismo, pues era «ilimitada» (pág. 87), y cuyas características reencuentra Freud en la figura del conductor de masas («absolutamente narcisista»),⁶ tendría su origen, como el «sentimiento oceánico», en la respuesta desmesurada del niño a la *Hilflosigkeit*.

⁵ Cf. Sigmund Freud, «Formulations sur les deux principes du cours des événements psychiques» (1911), en *Résultats, idées, problèmes*, 1, París: Presses Universitaires de France, 1984, págs. 136-7, n. 2 {«Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911b), *AE*, 12, págs. 224-5, n. 8}.

⁶ Sigmund Freud, *Psychologie des masses et analyse du moi*, *OCP*, 16, pág. 63 {*Psicología de las masas y análisis del yo*, (1921c), *AE*, 18, pág. 118}.

Estas formas arcaicas del narcisismo conducen al *malestar*, sin que constituyan en sí mismas el objeto de la reflexión. Si lo «ilimitado» retiene la atención de Freud es porque lleva en su seno los gérmenes del odio y la agresión. Deberá «cancelarse» o «evitarse» todo lo que se oponga a Narciso, ese «amo irrestricto». El resultado de la violencia de ese antagonismo es una tendencia: la de apartar del yo todo lo que pueda llegar a ser origen de displeacer, «arrojarlo hacia afuera (. . .) formar un puro yo-placer, al que se contrapone un ahí-afuera ajeno, amenazador» (pág. 47). Así escribía Freud algunos años antes: «Al comienzo son para él [el yo-placer originario] idénticos lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera».⁷ La concepción del odio como emanación del yo es, de hecho, una idea aún más antigua. En un pasaje de «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915), formulado en los términos del primer dualismo pulsional («hambre y amor») —y que no toma en cuenta la sexualidad narcisista, introducida empero un año antes—, Freud escribe: «los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse».⁸

Es importante ponderar las consecuencias metapsicológicas de una construcción semejante. El objeto, en primer lugar el pecho materno (pág. 46), el mismo que se constituye a fuerza de sustraerse y perderse, el objeto, pues, en cuanto deseado y porque escapa a la envoltura narcisista, es *odiable* por principio. Lo que no puedo absorber, «quiero escupir[lo]».⁹ El ob-

⁷ Sigmund Freud, «La négation» (1925), *OCP*, 17, pág. 169 {«La negación» (1925*b*), *AE*, 19, págs. 254-5}. {Las inserciones entre corchetes en las citas de Freud son de Jacques André.}

⁸ Sigmund Freud, «Pulsions et destins de pulsions», *OCP*, 13, pág. 185 {«Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *AE*, 14, pág. 132}. Ausente en ese pasaje, el narcisismo es, no obstante, tomado en cuenta en otros lugares del mismo texto, sobre todo cuando se trata de la vuelta hacia la persona propia (*ibid.*, págs. 178-9 {*ibid.*, pág. 122}).

⁹ S. Freud, «La négation», *op. cit.*, pág. 168 {«La negación», *op. cit.*, pág. 254}.

jeto, la distancia que lo constituye y la separación con respecto al yo en la que se mantiene son un agravio a la omnipotencia infantil.

El puro yo-placer y el cierre narcisista que lo instaura tienen por objeto el odio como necesario correlato. Esta es una manera de mostrar en negativo de qué lado se sitúa el amor, o al menos su modelo: ya no en un movimiento por el que se aparta «del mundo exterior, sino que, al contrario, se aferra a sus objetos» (pág. 64). El narcisismo ilimitado y el odio asociado transforman el desamparo infantil en omnipotencia. El amor, en cambio, entraña el riesgo de mantener al individuo en la *Hilflosigkeit*, siempre al borde de la angustia de perderlo: «Nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos; nunca más desdichados y desvalidos que cuando hemos perdido al objeto amado o a su amor» (pág. 65). Estamos solos en el odio y somos dos en el amor; este último ejercicio introduce, al mismo tiempo que una pluralidad, una dependencia psíquicamente peligrosa.

El yo, el narcisismo, el odio. . . *El malestar en la cultura* intenta aprehender su combinatoria en el orden colectivo. Las desdichas de la cultura, aquellas que Freud conoció más que las que vinieron después, confieren a la expresión «puro yo-placer» todo su alcance *político*. Pureza (de la raza, de la creencia, de la ideología), depuración, purga, purificación. . . El yo, lo puro y el odio asedian el mismo territorio. Frente a ellos, lo que hay que hacer con lo impuro es escupirlo, destruirlo.

Para contrarrestar lo que de ese modo la pone bajo la amenaza de la disgregación, la comunidad cultural erige «formaciones psíquicas reactivas». En oposición a los odios territoriales, preconiza el amor. No el amor objetal, que aísla y sólo contribuye al lazo social al precio de la inhibición de la meta, sino el amor universal: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Una inflación tan grandiosa del amor, señala Freud, lleva la marca de su origen narcisista, y también adhiere a su lógica: el descuido del objeto, de su singularidad, en beneficio de un

universalismo vacío (págs. 88-9, 98, 100 y 137). Nada hay de sorprendente en el hecho de que de ese amor reactivo resurja pronto el odio primordial: la invención cristiana del «amor universal por los hombres» dio la señal de las primeras destrucciones antisemitas (pág. 103). Lo universal se detiene donde empieza el chivo expiatorio.

Como vemos, en la redistribución del dualismo pulsional a la que Freud se consagra desde 1920, el narcisismo (la libido del yo) dista de pasar con armas y bagajes del lado de Eros. En una formulación provisoria, es verdad, *Más allá del principio de placer* había llegado incluso a asimilar pulsiones yoicas y pulsión de muerte,¹⁰ como una manera de destacar lo que la teorización de la pulsión de muerte, pulsión de *autodestrucción*, debía a la introducción del narcisismo. Aun cuando la teoría freudiana no se atuvo a esa equivalencia demasiado simple, no dejó de sostener que el odio por el objeto, por todo lo que separa, ese odio situado en el corazón del narcisismo, hace de este un polo de destructividad: «En las aversiones y repulsas a extraños con quienes se tiene trato podemos discernir la expresión de un amor de sí, de un narcisismo, que aspira a su autoconservación y se comporta como si toda divergencia respecto de sus plasmaciones individuales implicase una crítica a ellas y una exhortación a remodelarlas».¹¹ *El malestar*. . . hace suya esta idea de una intolerancia especular del narcisismo a la «pequeña diferencia», y se toma su tiempo para ilustrarla (pág. 102-3).¹²

¹⁰ Sigmund Freud, *Au-delà du principe de plaisir*, en *Essais de psychanalyse*, París: Payot, 1981, págs. 89 y 100-4 {*Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, 18, págs. 42 y 50-2}.

¹¹ S. Freud, *Psychologie des masses*. . . , *op. cit.*, pág. 40 {*Psicología de las masas*. . . , *op. cit.*, pág. 97}.

¹² La expresión «narcisismo de las pequeñas diferencias» apareció por primera vez en un texto de 1918: Sigmund Freud, «Le tabou de la virginité», en *La vie sexuelle*, París: Presses Universitaires de France, 1969, pág. 72 {«El tabú de la virginidad» (1918a), *AE*, 11, pág. 195}.

Agresión y mezclas pulsionales

Con la agresión (la palabra alemana «*Aggression*» condensa los dos sentidos: agresión y agresividad) ocurre como con el odio: no hubo que esperar a la revisión de 1920 y a *El malestar*. . . —donde tiene un lugar importante— para que la teoría freudiana la reconociera. «La sexualidad de la mayoría de los varones exhibe un componente de *agresión*», se afirma en los *Tres ensayos de teoría sexual*.¹³ Más específicamente, Freud señaló que hay pulsiones en las cuales la agresión es indisoluble de la meta buscada, como sucede con la sexualidad anal o sádico-anal. Lo anal, dice aquel, tras los pasos de Lou Andreas-Salomé, es el «símbolo de todo lo que hay que desecharse, segregarse de la vida».¹⁴ *El malestar*. . . recupera esas conexiones en la escala cultural. Los comunistas creyeron que podían liberar del mal al hombre mediante la abolición de la propiedad privada (pág. 101); olvidaban así las raíces pulsionales: la primera propiedad es anal (pág. 102), propiedad de las heces que se constituyen como tales en el momento en que el niño se decide a deshacerse de ellas y regalarlas. Suprímase la propiedad, y la pulsión subyacente quedará no-ligada, en libertad de restablecer el vínculo con la meta que le es fundamentalmente propia: eliminar. ¿A qué se dedicarán «los soviets después que hayan liquidado a sus burgueses» (pág. 103)?¹⁵

¹³ Sigmund Freud, *Trois essais sur la théorie sexuelle* (1905), París: Gallimard, 1987, pág. 69 {*Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, pág. 143}.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 113 {*ibid.*, pág. 170, n. 25}.

¹⁵ Aunque estos no son más que indicios en el texto de Freud, invitan a prolongar la reflexión. Bajo la Revolución Francesa, grabados y estampas sufrieron con el Terror una deriva escatológica. ¿Cuál es la contribución de la sexualidad anal a las políticas de depuración? También merecería la pena profundizar en la articulación con la homosexualidad masculina (en la que narcisismo y analidad conjugan sus fuerzas). Cabe hacer notar que Freud, en *El malestar en la cultura*, retoma entre líneas la idea de una connivencia entre desarrollo cultural y homosexualidad masculina sublimada (págs. 74, n. 3, y 87).

Más allá de la evidencia del sadismo, Freud se empeña en poner de manifiesto la parte de agresión que le cabe a la pulsión como tal, a su *esfuerzo*, a su «desprecio» por el objeto, el más desechable de todos los componentes de la moción pulsional. Definida como un «fragmento de actividad», la pulsión incluye la agresión como uno de sus elementos. Cuando Freud menciona en *El malestar*. . . la dicha ligada a «la satisfacción de una pulsión silvestre, no domeñada por el yo», o la manera en que el hecho de «saciar mociones pulsionales más groseras, primarias», conmueve la corporeidad (pág. 62), la agresividad aparece en las palabras elegidas para describir la cuestión.

Fue incluso esa parte de agresión propia de la pulsión la que al principio lo llevó a rechazar, en contra de la opinión de Adler, la idea de una pulsión de agresión autónoma.¹⁶ La agresión —escribía por aquel entonces Freud— es una característica de las pulsiones, tanto de la de autoconservación como de la sexual; no hace falta una pulsión adicional. En la misma época, sin embargo, los *Tres ensayos*. . . ya matizaban esa declaración: ¿La agresión es, propiamente hablando, un factor de la libido? ¿No tendría su verdadera fuente por el lado del «aparato de apoderamiento», que está al servicio de la autoconservación?¹⁷ Este mismo razonamiento llevará luego a Freud a reconocer los modelos del odio en la lucha del yo por su afirmación, un razonamiento que, a través de las pulsiones yoicas, dará acceso al dualismo ulterior: libido-destructividad.

La manera de introducir la problemática de la agresión en *El malestar*. . . no implica sólo la prolongación del descubrimiento de 1920. Se inscribe también en una continuidad con

¹⁶ Sigmund Freud, «Analyse d'une phobie chez un petit garçon de 5 ans» (1909), en *Cinq psychanalyses*, París: Presses Universitaires de France, 1954, pág. 493 {«Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909b), *AE*, 10, pág. 112}.

¹⁷ S. Freud, *Trois essais*. . ., *op. cit.*, págs. 70-1 {*Tres ensayos*. . ., *op. cit.*, pág. 144}.

las elaboraciones anteriores. ¿Cómo es posible, se pregunta Freud, que no haya comunidad cultural que no les imponga a sus miembros una restricción de la vida sexual? ¿Por qué esta oposición de la cultura a la sexualidad? Tiene que haber «un factor perturbador que todavía no hemos descubierto» (pág. 96). Ese factor, la «hostilidad primaria» —hija de la pulsión de muerte—, es aislado por el texto al cabo de un razonamiento cuyo punto de partida es el exceso de lo sexual. Más allá de lo que Eros es capaz de ligar, de reunir, nos topamos con la agresión, «el trasfondo de todos los vínculos de amor y ternura entre los seres humanos» (pág. 102). E incluso, en términos que invitan a la fórmula: la pulsión de muerte es el *saldo* del Eros (pág. 110).

Esta deducción de la destructividad a partir de lo que en la sexualidad es incompatible con la vida de la cultura obedece, por un lado, a la solidaridad de los dos registros pulsionales. Freud lo recuerda: al margen de su mezcla con Eros, la pulsión de muerte sigue siendo inasible. Este punto de vista se reafirmará constantemente: ninguna de las dos pulsiones interviene jamás sola.¹⁸ El ejemplo simple de este entrelazamiento es el sadismo, pero ni siquiera «la más ciega furia destructiva» está exenta de una participación libidinal —narcisista, en este caso en particular—, a través del cumplimiento de los deseos de omnipotencia más antiguos (pág. 110).

La confusión antes mencionada, entre pulsiones yoicas y pulsión de muerte, se acompaña de otra confusión posible: esta vez, entre pulsión sexual y pulsión de muerte. Al destacar que la única meta verdadera de la pulsión sexual es la descarga, el retorno a cero de la excitación,¹⁹ Freud describía una economía libidinal a la que volvería más adelante, sin modificaciones profundas, bajo los auspicios del principio de nir-

¹⁸ Sigmund Freud, «L'analyse avec fin et l'analyse sans fin» (1937), en *Résultats, idées, problèmes*, 2, París: Presses Universitaires de France, 1985, pág. 258 {«Análisis terminable e interminable» (1937c), *AE*, 23, pág. 244}.

¹⁹ S. Freud, «Pulsions et destins. . .», *op. cit.*, pág. 169 {«Pulsiones y destinos. . .», *op. cit.*, pág. 116}.

vana. La teorización de la pulsión de muerte como tendencia a disolver las unidades agrupadas por Eros (pág. 107) hace suyos los elementos «silvestres», «no domeñados» del *Trieb* anterior a 1920. El principio de placer va más allá del placer, hasta poner en peligro al organismo.²⁰ Las fronteras conceptuales se desdibujan, lo cual obligará a Freud, en 1924, a poner un poco de orden y apartar uno de otro el principio de placer y el retorno a cero.²¹

No es este el lugar propicio para revisar en detalle las muy complejas cuestiones planteadas por la introducción de la pulsión de muerte en la teoría psicoanalítica,²² sobre todo la de la articulación entre el primer dualismo y el segundo. Sólo importa señalar que *El malestar. . .*, que procura confirmar mediante el análisis de la «psicología colectiva» la hipótesis de la pulsión de muerte, se inscribe, ante todo, en el rumbo de elaboraciones anteriores, para renunciar, a continuación, a mostrar lo que sería una pura manifestación de la pulsión en cuestión, es decir, liberada de toda combinación libidinal. Sin embargo, no se trata de que a Freud —algunos años después

²⁰ S. Freud, *Au-delà du principe. . .*, *op. cit.*, pág. 46 {*Más allá del principio. . .*, *op. cit.*, pág. 10}.

²¹ Sigmund Freud, «Le problème économique du masochisme», *OCP*, 17, págs. 11-2 {«El problema económico del masoquismo» (1924c), *AE*, 19, págs. 165-6}.

²² El lector podrá remitirse a Fédération Européenne de Psychanalyse (ed.), *La pulsion de mort*, París: Presses Universitaires de France, 1986 {*La pulsión de muerte: primer simposio de la Federación Europea de Psicoanálisis (Marsella, 1984)*, Buenos Aires: Amorrortu, 1989}, con textos de Green, Ikonen, Laplanche, Rechartd, Segal, Widlöcher y Yorke. En esta obra colectiva, Jean Laplanche defiende la tesis de una pulsión de muerte entendida como «pulsión sexual de muerte», heredera de lo que es lo sexual no-ligado en el primer dualismo, un elemento sexual no reabsorbido por Eros. Al insistir en la «función desobjetalizante», André Green, por su parte, refuerza el puente que une al narcisismo y la pulsión de muerte, hasta la concepción de un «narcisismo de muerte». Hanna Segal, en su propio nombre y en el de la teoría kleiniana, aduce la posibilidad clínica de reconocer la pulsión de muerte (identificada con la autodestrucción), al margen de cualquier mezcla con el registro libidinal.

de la Primera Guerra Mundial y contra el telón de fondo de los primeros signos de la catástrofe venidera— le faltaran ejemplos de odio, agresión y destrucción. Dicho esto —a saber: la presencia de lo sexual allí mismo donde se lo creería ausente—, la afirmación de la pulsión de muerte sólo puede ser el resultado de un salto teórico, y no de la mera experiencia —aun cuando sea la del psicoanalista—, la experiencia del *conflicto* psíquico, individual o cultural, y de la *dualidad* de las fuerzas enfrentadas, que exige ese momento especulativo. El proceder de *El malestar en la cultura*, el modo en que la pulsión de muerte se impone como hipótesis (pág. 107), se muestra homogéneo con el proceder, en principio teórico, que caracteriza a *Más allá del principio de placer*.

La agresión por dentro

Mientras se atiende al punto de vista de la agresión externa, el aporte de *El malestar en la cultura* a la teoría de la pulsión de muerte es más bien magro, y está incluso alejado de las audacias de 1920. La pulsión de muerte se definía por entonces como un proceso fundamentalmente interno, una pulsión de autodestrucción. En el corazón del ser vivo pluricelular, esta pulsión «querría desagregarlo y llevar a cada uno de los organismos elementales a la condición de la estabilidad inorgánica». ²³ Si bien está claro que las últimas líneas de *El malestar*. . . conciben la destructividad en términos de «autoaniquilamiento» («Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre»), la referencia apunta principalmente al registro de la agresión derivada hacia el exterior.

²³ S. Freud, «Le problème économique. . . », *op. cit.*, pág. 15 {«El problema económico. . . », *op. cit.*, pág. 169}.

Este desplazamiento de lo interno a lo externo, de la interioridad (la del individuo o la de la cultura, considerada un ser psíquico colectivo) hacia lo que sucede entre los hombres, es un movimiento que lleva a Freud fuera del campo propio del psicoanálisis y lo induce a recuperar las «verdades más banales». E incluso «verdades» precisamente puestas en tela de juicio por el análisis, como la maldad natural: el hombre es el lobo del hombre (pág. 99). «El hombre es el lobo de sí mismo» estaría ya más próximo a lo que constituye la originalidad del descubrimiento analítico. Es posible que Freud, más allá de lo que se le impone (el carácter secundario de la deflexión de la agresión hacia el exterior), nunca haya renunciado por completo a la idea de una agresividad primordial. El pasaje de una carta del 27 de mayo de 1937 a Marie Bonaparte (en cuya formulación se mezclan, una vez más, los dos dualismos) lo hace pensar: «Esquemáticamente, podríamos imaginar que al comienzo de la vida toda la libido se dirige hacia el interior y toda la agresividad va hacia el exterior, y que esto cambia de manera gradual en el transcurso de la vida. Pero acaso sea falso».²⁴

El aporte más incisivo de *El malestar*. . . al debate psicoanalítico coincide con el momento en que el texto vuelve de afuera hacia adentro, cuando la agresión es «reenviada a su punto de partida; vale decir: vuelta hacia el yo propio» (pág. 113). A esto siguen una veintena de páginas, muy densas y a veces laboriosas (Freud se excusa: «a riesgo de repetirme» [pág. 119]), en las que el superyó, el sentimiento de culpa (y el *malestar* resultante en el orden cultural), conforman el objeto de la teorización. De la amplitud y complejidad de los retos que esas páginas esconden sólo nos es posible ofrecer aquí algunos esbozos.

Acerca del superyó, Freud dice que ejerce «contra el yo la misma severidad agresiva que el yo habría satisfecho de buena gana en otros individuos, ajenos a él» (pág. 114). Se descri-

²⁴ Citado en E. Jones, *La vie et l'œuvre*. . . , 3, *op. cit.*, pág. 522.

be así un superyó de dureza y severidad extremas, que maltrata, atormenta y angustia al yo. Lejos de ser apaciguado por la renuncia pulsional, esta lo excita aún más, impulsándolo a profundizar sin cesar la ventaja de su situación. Cuanto más virtuoso es el hombre, más desconfiado y torturado es el superyó. Esta paradoja tiene su correspondiente en el proceso que da origen a la instancia crítica: si el padre se muestra indulgente, el superyó del niño será extremadamente severo (pág. 122, *n.* 10). La agresión del superyó «en modo alguno espeja la severidad del trato» recibido durante la infancia (págs. 121-2); nos tentaría decir que es inversamente proporcional.

Para comprender la novedad de esas palabras en la pluma de Freud basta con recordar lo que escribió en *El yo y el ello* (1923): «El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo (. . .), tanto más riguroso devendrá (. . .) el imperio del superyó».²⁵ En aquellas páginas de *El malestar. . .*, Freud está lejos de sí mismo (para decirlo con mayor exactitud: lejos de otro Freud) pero, en cambio, muy cerca de Melanie Klein. Las contadas palabras de agradecimiento dirigidas a ella en una nota al pie (pág. 122, *n.* 9) tienen el valor de un acontecimiento, aun cuando la deuda admitida se atenúe por su inclusión en el conjunto: «autores ingleses». Sin duda era incómodo para Freud concederle algo, fuese lo que fuere, a la persona que en esos mismos momentos mantenía una virulenta polémica con su propia hija, Anna, en lo relacionado con el psicoanálisis de niños. El nombre de Melanie Klein no gozaría del honor de otra cita, aun cuando la influencia de sus concepciones pueda señalarse aquí o allá.²⁶

²⁵ Sigmund Freud, *Le moi et le ça*, OCP, 16, pág. 278 {*El yo y el ello* (1923b), AE, 19, pág. 36}.

²⁶ Por ejemplo, en la descripción de las fantasías inconscientes de la niña preedípica (cf. Sigmund Freud, 33ª conferencia, «La feminité», en la *Nouvelle suite des leçons d'introduction a la psychanalyse*, OCP, 19, pág. 195 {«La feminidad», en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), AE, 22, pág. 112}).

Si se sigue con mayor puntiliosidad la historia conceptual, se advierte que la representación kleiniana del superyó, sea cual fuere su originalidad, es deudora de ciertas elaboraciones más antiguas de Freud. Junto a los enunciados que perfilan un superyó (edípico) construido según el modelo introyectado del rigor paterno, aparece la idea de un superyó que tiene relaciones íntimas con el ello y se sumerge profundamente en él;²⁷ la huella de esta idea puede rastrearse en la obra de Freud, al menos desde el análisis del «Hombre de las Ratas».²⁸ Con esto se desdibuja la distancia entre superyó y ello; en Melanie Klein, que no le da ningún uso al «ello», esa distancia desaparece por completo, y al mismo tiempo pierde su carácter decisivo la conexión con el conjunto moral/culpa/prohibición, punto respecto del cual está en contradicción con Freud. Tal como ocurre con la pulsión, el imperativo superyoico busca su cumplimiento. También el esfuerzo del superyó tiende a la descarga, hasta que eventualmente se cometa el acto (criminal), el único capaz de *satisfacer* la necesidad de castigo.²⁹

Es indudable que Freud, con espíritu conciliador, matiza de inmediato la importancia de la innovación: «la severidad de la educación ejerce fuerte influjo también sobre la formación del superyó infantil» (pág. 122); pero esto no debe ocultar la trascendencia del desplazamiento teórico. Al mismo tiempo que el superyó heredero del complejo paterno se desdibuja frente a una representación pulsional de la misma

²⁷ S. Freud, *Le moi et le ça*, *op. cit.*, pág. 291 {*El yo y el ello*, *op. cit.*, págs. 49-50}.

²⁸ Sigmund Freud, «Remarques sur un cas de névrose obsessionnelle» (1909), en *Cinq psychanalyses*, *op. cit.* {«A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909d), *AE*, 10}. Véase el comentario de Jean Laplanche, *Problématiques I, L'angoisse*, París: Presses Universitaires de France, 1980, págs. 279 y sigs. y 354 y sigs. {*Problemáticas I. La angustia*, Buenos Aires: Amorrortu, 1988}.

²⁹ S. Freud, *Le moi et le ça*, *op. cit.*, pág. 295 {*El yo y el ello*, *op. cit.*, pág. 53}.

instancia, el complejo de Edipo pierde la posición nuclear que suele reconocérsele. Al margen del breve recordatorio sobre su versión paleontológica (págs. 122-3), es notable que *El malestar en la cultura* no haga ningún uso de aquel complejo. El núcleo de las neurosis no es el del conflicto intracultural cuyos componentes procura Freud aprehender en ese texto. Si hiciera falta una confirmación, bastaría con agregar que la angustia de castración está completamente ausente de la argumentación. No se hace referencia a ella ni una sola vez.

Admitámoslo: ausencia de la palabra no significa necesariamente ausencia de la cosa. Cuando Freud señala que la inquietud de perfeccionar sus órganos, de hacer desaparecer «los límites de su operación» (pág. 74), empuja al hombre por el camino del progreso técnico, conjeturamos que la angustia de castración es, de manera implícita, el verdadero poder que induce ese desarrollo. Sin embargo, justamente así se ponen de relieve las potencialidades de creación y simbolización de esa angustia (del tamaño siempre insuficiente del pene a las dimensiones imponentes del telescopio), y se la sitúa del lado del progreso de la cultura, no de su «malestar» y de lo que la desgarrar hasta destruirla.

Habría que tomarse el tiempo necesario para mostrar la complejidad de los equilibrios dentro de la teoría freudiana, así como la fragilidad que la introducción de la pulsión de muerte provoca en el edificio. Podemos dar una breve ilustración de ello: *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) es un texto centrado en la angustia de castración, que se esfuerza (aunque sea para no lograrlo) por contener dentro de ese registro toda la cuestión de la angustia. Esta omnipresencia de la angustia de castración tiene por correlato la ausencia de la pulsión de muerte. *El malestar en la cultura*, que le otorga a la pulsión de muerte un lugar central, no menciona, en cambio, ni una sola vez aquella angustia.

Complejo de Edipo y angustia de castración delimitan el espacio neurótico. La introducción de la pulsión de muerte y luego la del narcisismo (que Freud descubrió ante todo en la

perversión, con la homosexualidad de Leonardo da Vinci, y en la psicosis, con Schreber) conducen a los confines de un espacio psíquico mucho más (des)organizado, algo perceptible igualmente en el texto hermano de *El malestar. . . : El porvenir de una ilusión*, en el cual la religión se concibe desde el prisma de la idea delirante, más que de la compensación neurótica. El papel paradigmático que psicosis y patologías narcisistas tendrán para el psicoanálisis posfreudiano se esboza en 1920 y su nuevo reparto de las cartas.

La noción de sentimiento de culpa, que a juicio de Freud divide la cultura con respecto a sí misma hasta llegar al *malestar*,³⁰ es fiel ejemplo del entrecruzamiento de las problemáticas freudianas; podría calificársela, en cierta forma, como uno de sus puntos de condensación. La culpa evoca la falta y, más allá, el encadenamiento edípico: deseo-prohibición-transgresión. Esta articulación es recordada por Freud, y con ella, el relato del asesinato del padre (págs. 122-3 y 130-1). En el marco de la experiencia cultural, las religiones (más en particular las monoteístas) representan con la mayor exactitud la variante colectiva de la resolución de un conflicto semejante, al oponer un «no matarás» al deseo de la muerte del padre.

Por más que *El malestar. . .* pueda recordar su argumentación, su acento recae, sin embargo, en otra parte, situada con anterioridad, por el lado de la destrucción de lo ajeno y la autoaniquilación; es decir, antes de que la destructividad lograra colarse en el molde del conflicto neurótico. La reflexión sobre la cultura lleva a Freud adonde ya lo ha conducido el descubrimiento de la reacción terapéutica negativa en la cura.³¹ Más que el sentimiento de culpa, es entonces la *necesi-*

³⁰ Después de renunciar a «desdicha», Freud se inclina, pues, por «malestar». «Curiosa palabra», escribe J.-B. Pontalis («Permanence du malaise», *op. cit.*, pág. 409), que no permite «ni diagnóstico firme, ni pronóstico probable; desarma nuestro saber, escapa a todo asidero».

³¹ Cf. S. Freud, *Le moi et le ça*, *op. cit.*, pág. 292 {*El yo y el ello*, *op. cit.*, pág. 50}.

dad de castigo, con lo que evoca de una elaboración psíquica rudimentaria, cercana a la fuente pulsional (pág. 129), la que parece más apta para recrear el carácter *no ligado* de las fuerzas enfrentadas, y ante todo la del superyó.

Las génesis del superyó

En lo referido a la teoría psicoanalítica, es indudable que las interrogaciones más fecundas de *El malestar*. . . tienen que ver con el superyó y su génesis.

La génesis neurótica y edípica del superyó es lo bastante conocida como para que no sea necesario más que recordarla en pocas palabras: bajo la amenaza de la angustia de castración, el yo del niño (al menos el del varón) se aparta de la investidura de objeto incestuoso. La autoridad paterna introyectada forma el núcleo del superyó, «que toma prestada del padre su severidad» y perpetúa su prohibición.³² La angustia de castración es el verdadero motor de esa génesis, y el enunciado consiguiente lleva su huella: «si deseas, serás castrado».

A la vez que la angustia de castración está ausente en *El malestar*. . ., Freud se encamina a una concepción del superyó (que combina imperativo categórico y exigencia pulsional) notoriamente distinta de la anterior. ¿De qué otra fuente que no sea la angustia de castración puede tomar la instancia crítica así replanteada la violencia que la constituye? Hay una respuesta kleiniana a esta pregunta, así como es kleiniana la teoría del superyó a la que Freud se aproxima. Cuando este escribe (págs. 121-2) que la severidad del superyó no representa tanto la del objeto como la de la agresión dirigida contra él —una agresión vuelta entonces hacia el interior, contra

³² Sigmund Freud, «La disparition du complexe d'Edipe» (1924), *OCP*, 17, pág. 30 {«El sepultamiento del complejo de Edipo» (1924d), *AE*, 19, pág. 184}.

el yo—, se ubica lo más cerca posible del punto de vista de la «autora inglesa».³³ Ahora bien: es notable que, si bien Freud parece, por un momento, hacer suya esta respuesta cantada (pero fundada en el postulado de una agresividad primordialmente orientada hacia afuera, proyectiva), no es la que terminará por escoger. El camino que prefiere seguir conserva, en cierto modo, la estructura de la primera concepción (edípica), a través de la referencia a una «influencia ajena» (a diferencia de la endogénesis, el innatismo kleiniano) y en la relación entre el superyó y la angustia. No obstante, en comparación con esa primera teoría, *todo está desfasado hacia una anterioridad*. El niño de este superyó de estilo nuevo ya no es el niño edípico (y tampoco únicamente el varón), sino el de la *Hilflosigkeit*, el desvalimiento: el mismo que mencionan las primeras páginas de *El malestar*. . . La «influencia ajena» (reflejada por el superyó) ya no es la del padre que dice «no» y amenaza con la castración, sino la más arcaica del «ser hiperpotente» (pág. 115), la «autoridad inatacable» (pág. 121), «los progenitores», más que el padre solo. La angustia ya no es de castración, sino la que se siente ante la pérdida de amor de parte del objeto. El sentimiento de culpa, «variedad tópica de la angustia» (pág. 128), no pide sino que le hagan caso: uno es entonces culpable del amor perdido, culpable de no ser amado. La neurosis obsesiva es el horizonte del superyó del primer estilo; la melancolía (pero también la histeria y su núcleo de pasividad pulsional) se perfila como telón de fondo del segundo.

Esta nueva génesis del superyó no anula la precedente; de algún modo la engloba, a tal punto es cierto que el desamparo frente a la pérdida de amor se revive con intensidad en la situación edípica, antes de «calificarse» como angustia de castración. Es inevitable, sin embargo, que la ponga en una posición secundaria.

³³ Cf., asimismo, Sigmund Freud, 32ª conferencia, «Angoisse et vie pulsionnelle» (1933), en *Nouvelle suite*. . . , *op. cit.*, pág. 164 {«Angustia y vida pulsional», en *Nuevas conferencias*. . . , *op. cit.*, pág. 101}.

Estamos lejos, sin duda, de haber agotado las posibilidades teórico-clínicas brindadas por estas revisiones tardías a las que Freud se entrega. ¿Hay que decir «tardías»? Tratándose de Freud, los decursos conceptuales multiplican de buena gana las idas y vueltas, y rara vez siguen una progresión lineal. Casi no hay camino tardíamente tomado por él que no haya sido al menos entrevisto en la época de nacimiento del psicoanálisis. En 1895, en el «Proyecto de psicología», Freud escribía esta frase que durante mucho tiempo careció de secuelas: «*Die anfängliche Hilflosigkeit des Menschen ist die Urquelle aller moralischen Motive*» («el inicial desvalimiento del ser humano es la *fente primordial* de todos los *motivos morales*»).³⁴

³⁴ Sigmund Freud, *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, Londres: Imago Publishing Co., 1950, pág. 402; *La naissance de la psychanalyse*, París: Presses Universitaires de France, 1956, pág. 336 {«Proyecto de psicología» (1950a), *AE*, 1, pág. 363}.